

TARDE XV

LA PROBIDAD

Quando de ajenos caudales
Acaso el hado arbitrario
Te hiciera depositario,
Pon tus conatos leales
En conservarlos cabales,
En aumentar su valor.
Devuélvelos sin dolor
Y con semblante halagüeño
Al reclamarlos su dueño,
Y guarda ileso tu honor.

El día siguiente lo pasaron los hijos de Palemon ocupados en sus acostumbradas tareas, que concluyeron ántes de lo que solian para estar ya libres cuando Brigida viniese con su Emiliano, á quien tanto deseaban conocer. Acudieron temprano al terrazo, y no apartaron sus ojos de la puerta, hasta que á breve rato vieron entrar á Marcela y á la buena Brigida apoyada en el hombro de un jóven de catorce á quince años, que sin duda era Emiliano; quedaron atónitos nuestros amiguitos, pues esperaban un muchacho mas jóven que ellos, y veian un mozo casi enteramente formado; no reflexionaban que se les habia hablado de un suceso de muchos años atras, pero pronto se ilustraron sobre este punto.

Brígida presenta su hijo adoptivo; todos le abrazan, y luego continúa su relacion en esta forma:

Rogério pasó la noche pensando únicamente en el cadáver, y en el tesoro que habia encontrado. Á la mañana siguiente vinieron los peones de su mayor confianza, y le hallaron en la mayor agitacion; pero no pudiendo sacarle una palabra se retiraron. Pasáronse varios dias sin que Rogério pudiese superar la turbacion á que estaba entregado. Combatido del deseo que tenia de despojar el cadáver, y del terror que le inspiraba este mismo deseo, enfermó á poco tiempo.

Entre tanto corrió la voz de que pasaban cosas extraordinarias en casa de Rogério: y como no era él solo dueño del secreto, pues se lo habia confiado á un amigo, este lo divulgó todo: la justicia se mezcló en el asunto, y á fuerza de diligencias llegó á descubrir el sepulcro. El noble que habia vendido esta parte del edificio, hombre tan codicioso como Rogério, supo que en aquel sitio se habian hallado inmensas riquezas, y se presentó á hacer valer sus derechos. Rogério, algo restablecido de su enfermedad, sostuvo que el tesoro pertenecia á quien le habia hallado; pero el noble, que tenia mucho favor, ganó el pleito; y Rogério, confundido, desesperado, y temiendo mi resentimiento, se expatrió, llevándose los pocos efectos de valor que nos quedaban, dejando solo las paredes de nuestra habitacion medio destruidas.

Ignoraba yo todos estos sucesos, y al propio tiempo me sucedian nuevas desgracias. Murió mi tia, y entónces se descubrió que unos parientes mal intencionados habian robado casi todo cuanto tenia ántes que yo llegase á su casa; de modo que despues de su muerte no hallé sino algunas deudas, y nada con que pagarlas. Sin embargo de este contratiempo, me consolaba pensando en que volveria á la compañía de mi marido, á cuya sombra pasaria mis dias hasta la ancianidad mas remota. Partí, pues, para mi casa, y considerad cuál sería mi dolor al hallarme sola, sin casa, sin muebles, y despojada de mis heredades, pues los trabajadores las habian hecho vender con autoridad de la justicia para ser pagados de sus jornales; en fin, supe las desgracias de un hombre demasiado ambicioso y su fuga, que fué el colmo de mi dolor, pues me dejaba sin el menor recurso: ¡qué horrible situacion!

Fué preciso aplicarme al trabajo para mantenerme; pero tantos disgustos alteraron mi salud, y una enfermedad aguda me condujo á un hospital. Á esta enfermedad se siguió una parálisis, de la cual todavía me resiento algunas veces: así pasé treinta

años, rodeada de las angustias de un mal que se juzgaba incurable, de hospital en hospital, entregada á la compasion de los que en ellos se dedican al socorro de la humanidad. En fin, mis males se aliviaron cuando ya tenia cincuenta años; ¿qué partido podia tomar en semejante edad? Me resolví á mendigar, y sentada todos los dias á la orilla de un camino, busqué mi manutencion en los corazones caritativos.

Un dia que yo pasaba por mi perdida patria (porque rara vez me detenia en unos mismos lugares), me ocurrió el volver á ver las ruinas de la casa en que habia nacido, recibido la mejor educacion, donde habia muerto mi padre, y con él toda mi felicidad. Era casi de noche: me acerqué á las ruinas, me senté sobre una piedra, y á impulso de las reflexiones que me inspiraban mis fatigas, exclamé: ¡He perdido este asilo de mi infancia, que entónces era asilo de todas las virtudes! ¡Cuál está la casa construida por el padre mas tierno y amoroso! ¡se ha convertido en albergue de aves nocturnas! ¡Dios de la bondad! ¡en qué abismo de males me ha sumergido la codicia del hombre que me destinaste para compañero!

Historia del niño Emiliano.

En tanto que yo desahogaba mi pecho con estas exclamaciones, un niño como de cinco años, muy bien vestido, corriendo á mas no poder, y derramando lágrimas amargas, pasó por el camino, se detuvo á mis dolorosas quejas, y me dijo sollozando: Señora, ¿habéis visto á mamá? — ¿Tu mamá, querido? ¿pues qué, la has perdido? — Sí, sí: la he perdido: ¡no puede ménos, porque no la hallo en este camino! — ¿Es posible? acércate, querido; no tengas miedo; escúchame. — Eso no; yo no os conozco, y solo quiero ver á mi mamá. — ¡Recelas de mí! ¡ah! ¡si me conocieses!... Soy una pobre mujer; en otro tiempo tuve aquí mi casa, y ahora pido limosna para vivir. — ¿Limosna? ¡pobre mujer! ¡cuánto me alegro de tener dinero! tomad, tomad; esto es mio; no es de mamá, pues me ha dicho que hiciese lo que quisiera con ello... Vamos, tomad. Diciendo así, el niño me puso en la mano algunas monedas: yo no sabía si debía ó no tomarlas; pero admiraba el buen corazon de esta criatura, que olvidaba que se habia extraviado, por socorrerla indigencia. Amigo, le dije, acepto tu regalo; y me alegraria de poderte ser útil: ¡cuán dulce me seria el llevarte á tu madre, que estará llena de inquietud! ¿Cómo te

llamas? — Emiliano. — ¿Emiliano? ¡pobre muchacho! ¿Y tu madre? — Madama Leclerc. — ¿Tienes padre? — Dicen que sí; pero nunca le he visto. — ¿Conque te ha educado tu madre? — Sí; ella sola con mi aya. — ¿Y en dónde vives? — En una ciudad muy grande..., nunca me acuerdo de su nombre. — Pero ¿adónde vas, de dónde vienes, y cómo has perdido á tu mamá? — Esta mañana me tomó en brazos llorando, y me dijo: Emiliano mio: nosotros vamos á buscar á tu padre para vivir siempre con él; ven conmigo; tú le abrazarás, y le harás muchas caricias, porque ha padecido mucho por ti, y yo tambien. — ¿Y luego? — Luego, mamá y mi aya han hecho unos paquetes que han puesto en un coche grande, en el cual nos hemos metido; yo estaba muy contento, porque decian que íbamos muy léjos. Mamá lloraba mucho, pero yo no estaba tan triste como ella, y hablaba con mi aya. Al tiempo de ocultarse el sol, tres hombres muy grandes han hecho detener el coche; iba á preguntar si era mi papá; pero dos de estos pícaros me han arrebatado de los brazos de mamá, á pesar de sus gritos y los de mi aya. Me parece que otro ha entrado en el coche, que ha echado á correr. Yo gritaba y lloraba mucho: los dos pícaros que me tenían, me parece que eran criados, porque tenían franjas por todo el vestido, y me causaban un miedo terrible. De repente oyeron que venian dos caballos, me tiraron á un hoyo, y eseaparon como si fueran ladrones. Muy bien he oido pasar los caballos delante de donde yo estaba, porque iban corriendo á mas no poder. He salido del hoyo, y me he venido por aquí para hallar el coche, ó alguno de los que van corriendo á caballo, que acaso me llevará donde esté mamá; pero estoy muy cansado, y sin remedio perderé á mamá: ¡Dios mio! ¡qué será de mí!

La relacion sencilla de Emiliano me dejó sumamente enternecida; le abracé y procuré consolarle lo mejor que pude. Como la noche avanzaba, era preciso tomar alguna resolucion, pues no debía dejar al niño solo en medio de los campos, y me determiné á pasar con él la noche en alguna parte. Querido, le dije, te has extraviado, y ahora es imposible hallar á tu mamá; ven conmigo, que mañana haré cuanto sea posible para dulcificar tu cruel situacion... ¿No quieres venir, hijo mio? — Señora... sí por cierto.... ¡Dios mio! ¡mamá! ¡mamá! El muchacho no se atrevia á decirme que mas queria á su mamá, y esto era muy natural. Le tomé de la mano, y le llevé al pueblo inmediato, donde le hice cenar y acostarse lo mejor que pude. Sin duda que extraña-

rian las gentes ver á una mujer anciana y mendiga con un niño hermoso como un ángel, y vestido con el mayor primor. Sea lo que fuere, el muchacho durmió poco, pues le oí suspirar con frecuencia; yo dormí ménos, y estuve haciendo mil reflexiones. Lo que me dijo relativo á su madre, me hacia sospechar que era hijo de un amor perseguido. ¡Cuánta sería la tristeza de una madre, que tal vez en aquel momento lloraba amargamente la pérdida de su hijo! Me interesaba mucho por esta inocente criatura, pero no tenia recursos para ampararle. ¿Qué debía hacer, Dios mio, qué debía hacer en tan dura situacion?

Llegó el dia, y aun no sabia el partido que debería adoptar. Ya se habia levantado Emiliano, y procuraba vestirse por sí mismo; acudí á ayudarle, y primero le abracé tiernamente. Al tomar su casaca, advertí que pesaba mucho, observacion que no habia hecho la noche anterior, y le dije: ¿Qué tienes en los bolsillos, querido? — Mirad, me respondió con franqueza, pero al mismo tiempo con cierto aire de misterio: me parece que sois una buena mujer; yo no se lo diria á otro, porque podría ser un ladron; pero cuidado, que nadie lo sepa; los dos somos ricos, y hasta que encontremos á mamá, tenemos con que andar en coche. — Pero, hijo mio, ¿cómo puede ser eso? — Ahora os lo diré, con la condicion de que lo tomaréis todo, y gastaréis por mí, porque yo soy muy pequeño para... — Está bien, explicate; yo te lo suplico. — Ayer mañana cuando entré en el coche con mamá, me hizo sentar á su lado, y me dijo: Toma, amor mio; ve aquí el precio de los males que ha padecido tu padre; por esta miserable herencia no se ha atrevido á confesar tu nacimiento; yo la deposito en tus manos para que tú seas quien se la ofrezca: abre el bolsillo, y cuidado que no toques esta cartera hasta que hayamos llegado; toma tambien este retrato mio; todo se lo darás á tu padre, diciéndole: Papá, á la naturaleza corresponde ofrecer la imágen de la ternura, y los dones de la fortuna que tanto os ha perseguido. Mamá me hizo repetir muchas veces estas palabras, á fin de que las aprendiese bien, y ya veis que no se me han olvidado; ¡qué lástima que no pueda decirselas á papá!

Dicho esto, Emiliano me enseñó una cartera que contenia cien mil francos en buenos billetes. Vi tambien el retrato de su madre, que me pareció jóven y hermosísima; tambien habia dos cartas amorosas, de las que solo pude inferir que los padres de Emilia-

no, perseguidos por un tío avariento, se habían casado en secreto. Por mi desgracia (mejor diré por la de Emiliano) estas cartas no estaban firmadas; y sus razones eran tan generales, que ni aun pude descubrir la profesión ó empleo de los padres del niño; en una palabra, todo era para mí un profundo misterio. El niño poseía cien mil francos, y me penetraba el corazón cuando con la mayor franqueza y confianza me decía: Tomad, tomad esto para que podáis ir al mercado; y si papá me lo pide algún día, yo le diré que vos me habéis socorrido y alimentado, y se quedará contento.

Al mismo tiempo me daba el niño mil tiernos abrazos. Tomé el dinero y las cartas; pero no quiso desprenderse del retrato, por más que le hice presente que podía romperlo. Cuando vi en mi poder esta cantidad, pensé cómo podría emplearla, y en la cuenta que acaso tendría que dar de ella algún día. Indecisa sobre la conducta que debía observar, por lo delicado de la materia, tomé por fin el partido de ir á consultar este punto con un hombre muy caritativo y virtuoso llamado Laurant, el cual, aunque bastante necesitado, me había favorecido varias veces. Cogí pues de la mano á mi pupilo, y le llevé á casa del señor Laurant, que ocupaba una estrecha habitación cerca de aquí. Sorprendióle mucho el caso, y su primer pensamiento fué depositar el muchacho y el dinero en manos de algún hombre público; pero temió á la codicia, y que el niño, despojado de cuanto le pertenecía, fuese á parar á un hospicio. Tomó, pues, otro partido más prudente este hombre sensato, y nos dijo: Permaneced en mi casa todo el tiempo necesario para las diligencias que debemos hacer á fin de descubrir los padres de este niño: si nada adelantamos, entónces veremos lo que se ha de hacer.

Consentí en esta idea, porque me pareció justa, y Laurant, tomando todas las precauciones convenientes para que no se descubriese el secreto, hizo cuantas diligencias son imaginables; pero trascurrieron tres meses sin que nada se averiguase; por lo cual Laurant me decidió á lo que se avenía mejor con la fortuna y la probidad. Hizo venir á su casa un notario, ante el cual compré la casa en que ayer me visteis, con unas tierras muy fértiles dependientes de ella; pero la escritura se otorgó en nombre de Emiliano, que pasó por sobrino mío; y de este modo, después de mi muerte, se hallará dueño de estas posesiones, las cuales, con sus mejoras, hubiera entregado gustosa á sus padres si los hubiese descubierto.

Ya veis, hijos míos, que yo procedía según las reglas de la más estricta probidad; al ménos así lo creí. Eduqué á mi Emiliano, que desde luego me miró como madre, aunque siempre conserva la memoria de la que le dió el ser, juntamente con el retrato que besa de continuo, lo que es muy bien hecho; yo soy incapaz de oponerme á los sentimientos de su amor filial.

Así he vivido disfrutando unas conveniencias regulares con mi amado Emiliano, á cuya educación atendí con todo el esmero posible: presente le tenéis; á él le debo el fin de mis desgracias, el retorno de mi fortuna, y el descanso de mi vejez: mis propios hijos no serían más respetuosos, dóciles y tiernos. Ignoro si sus padres le han hecho buscar, pero hace diez años que nada se sabe de ellos. Emiliano es huérfano... pero no, no lo es, teniendo como tiene en mí una madre que le ama, le adora, y á quien él corresponde con la mayor fineza; abrazadle, hijos míos, y miradle como modelo de los buenos corazones.

Así acabó la anciana Brígida su relación, estrechando en sus brazos á su hijo adoptivo, del cual luego se apoderaron los hijos de Palemon. Emiliano, que era dulce y muy sensible, se enterneció en los brazos de sus amigos; y esta escena arrancó lágrimas dulcísimas al virtuoso padre de familia. Todo el mundo quiso luego ver el retrato de la madre de Emiliano, y pasó por manos de todos; luego le recogió Emiliano, le aplicó á su corazón, y después le dió mil besos. ¡Cuánto deseaban los hijos de Palemon saber los sucesos de los padres de este jóven! tal vez competía su deseo con el de la misma Brígida y su hijo adoptivo. Paciencia, niños; acaso veremos en breve á este Emiliano que tanto amáis, entrar en el seno de su familia que le llora hace tanto tiempo; acaso también... pero no anticipemos noticias que inquieten más á nuestros niños: es forzoso que el tiempo traiga consigo los sucesos, y desarrolle á nuestros ojos el cuadro de las vicisitudes humanas: entónces seguiré fielmente el hilo de esta aventura.

Muy bien se había empleado esta tarde; Brígida y su hijo adoptivo fueron obsequiados por los hijos de Palemon que les sirvieron varias frutas, leche y otros rústicos regalos. En seguida se retiraron, prometiendo volver algunas veces. Después que se ausentaron, se habló largo tiempo de la admirable historia que se acababa de referir; y el anciano tomó de ella motivo para sentar una moral excelente sobre la satisfacción que produce el dar limosna, y sobre la probidad de la buena anciana, que no había

querido apropiarse unos bienes que la fortuna la ofrecia, y la debilidad de la infancia no le hubiera podido disputar. La moral, cuando se explica con dulzura, es un bálsamo salutar, cuyo aroma penetra el sentimiento y el espíritu. Nuestros jóvenes amigos así lo experimentaron; se acostaron alegres, y durmieron sosegados hasta la mañana siguiente.

TARDE XVI

LA ENVIDIA

Del propio bien descuidada,
Del bien ajeno oprimida,
Está la envidia suicida
En devorarse ocupada.
Mírala desfigurada,
Pálida, triste, ojerosa;
No de su mal pesarosa,
Sino del bien que propicio
Obtuvo en su beneficio
El que ella odia rencorosa.

Los hijos de Palemon se amaban tiernamente; pero el anciano habia advertido que Adela se iba haciendo caprichosa y que abrigaba el deseo de dominar á sus hermanos. Benito por su parte se complacia en oponerse á cuanto hacian los demas, y en particular aquella, que gritaba, lloraba y pateaba á cada momento. Ocurrió la mañana de este dia que Adela dibujaba en la huerta desde donde copiaba un punto de vista. Benito se acercó á ella y le dijo: — ¿Por qué dibujas esa colina? yo la tengo casi concluida para presentarla á padre, y si tú tambien la llevas despreciará mi obra. — ¿Y yo qué culpa tengo? no lo sabía. — Pues debias suponerlo... ¡estaba por hacerte pedazos el dibujo! — Á que no lo haces. — ¿Quieres verlo? — Sí. — Pues mira... y tomando el dibujo lo